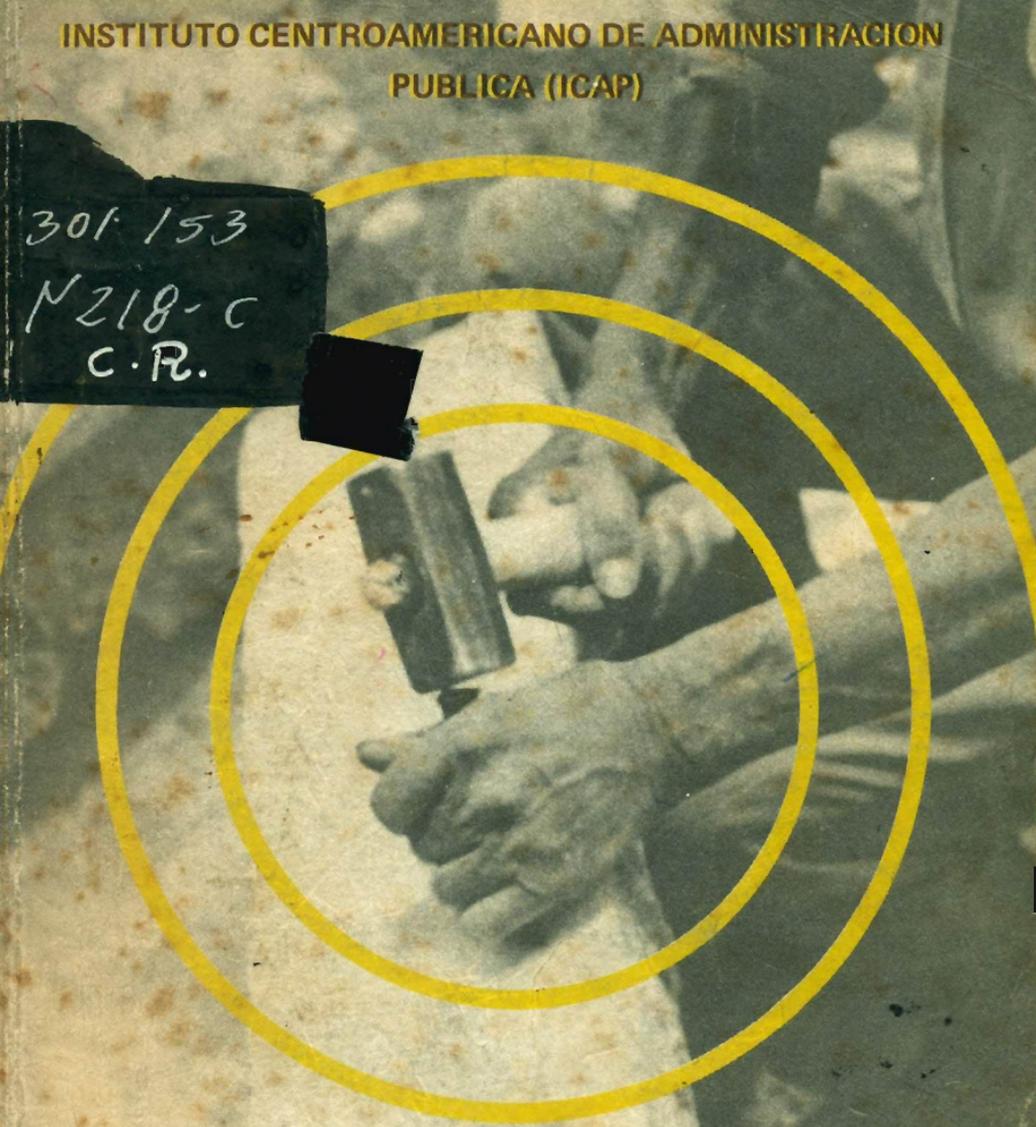


INSTITUTO CENTROAMERICANO DE ADMINISTRACION
PUBLICA (ICAP)

301-153

M218-C

C.R.



CULTURA

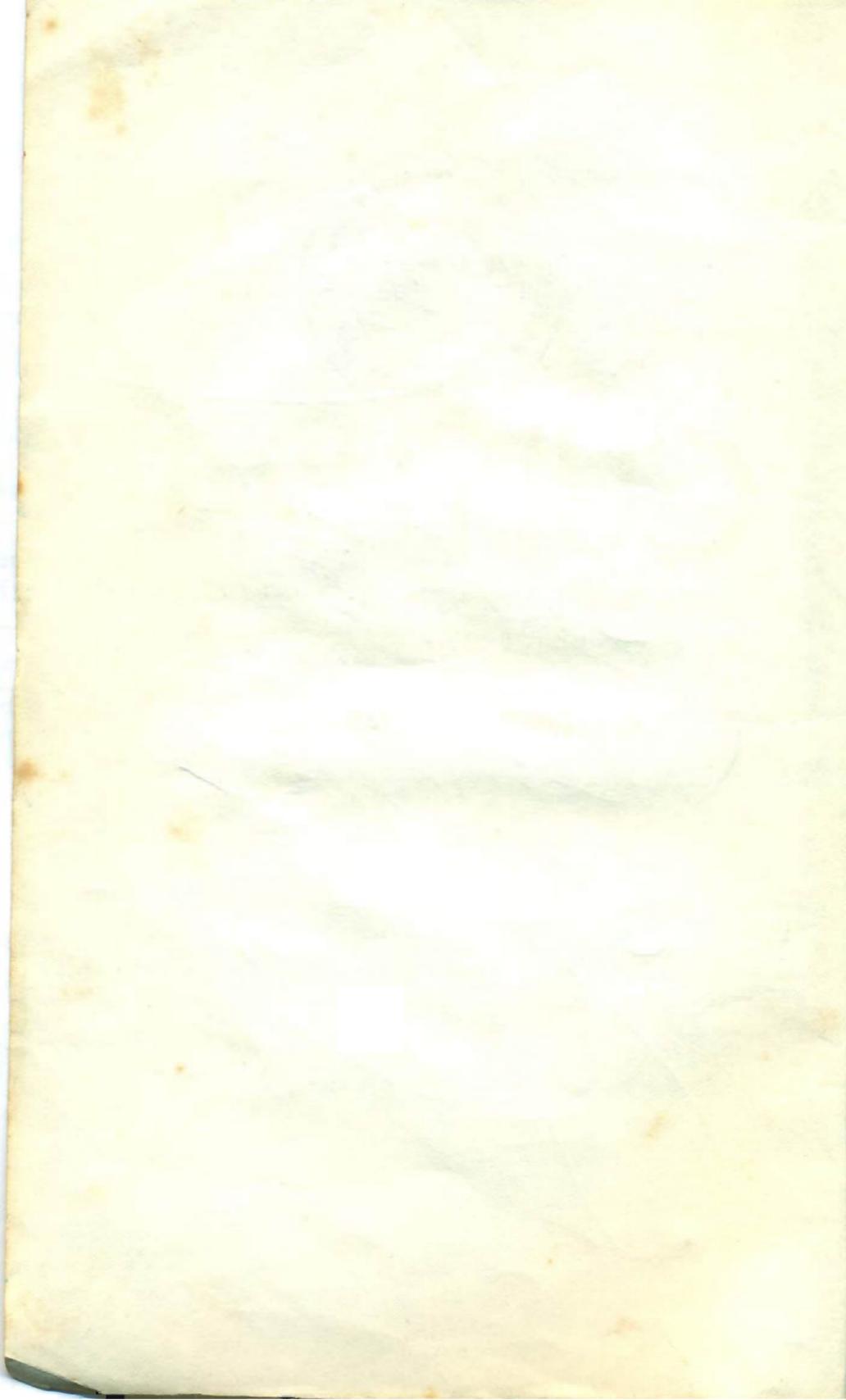
1. LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA
2. ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

CARMEN NARANJO

SERIE: MISCELANEAS No. 912



CULTURA



CULTURA

1. LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA
2. ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

CARMEN NARANJO

SERIE: MISCELANEAS No. 912



91822

301.153
N218-c

01

CULTURA

1. LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA
2. ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

CARMEN NARANJO



20 AGO. 1980

28319.

INDICE

Página

LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA

A. INTRODUCCION ACLARATORIA.....	1
1. La acción cultural.....	3
a) Qué entendemos por cultura?.....	4
b) Qué entendemos por acción cultural?.....	6
2. Participación en la vida cultural y comunicación cultural.....	11
a) Protagonistas y receptores.....	14
b) La participación en la representatividad. Libertad y cultura	17
c) La comunicación participativa, creadora y recreadora.....	19
3. Valores culturales y patrimonios culturales.....	25
a) Qué es valor en la cultura?.....	26
b) El patrimonio como fetiche.....	27
c) El patrimonio inspirador.....	28
d) Los países pobres y los países ricos.....	29
e) La necesidad de los museos activos.....	32
4. Creación artística.....	34
a) La creación y el reconocimiento	35
b) Un pueblo creativo y un pueblo pasivo.....	36
c) La nacionalidad y la creación..	39
d) Una posición latinoamericana...	41

	<u>Página</u>
5. Educación artística y estética.....	42
a) El qué, el cómo y el cuándo.....	44
b) Conocimiento integracionista....	45
c) Las grandes regiones y los grandes temas.....	47
d) Las barreras culturales.....	50
e) La liberación por la cultura....	53
 B. Epílogo aclaratorio.....	 55
 ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL	
I. INTRODUCCION.....	57
1. Planificación cultural.....	64
a) Inventario de necesidades.....	69
b) Definición de objetivos.....	75
c) Análisis de recursos.....	79
d) Formulación de planes.....	83
e) Vías de realización.....	86
f) La medida de los alcances.....	90
2. La incorporación de los planes culturales en los planes nacionales de desarrollo.....	94
a) Cultura como bienestar.....	96
b) Cultura como mejoramiento económico y social.....	98
c) Cultura como identidad.....	102
d) Cultura como corriente del patrimonio propio al patrimonio universal.....	106
e) Cultura como enriquecimiento nacional.....	111

	<u>Página</u>
3. Trabajo cultural.....	114
a) Científico.....	115
b) El beneficio.....	118
c) La continuidad.....	120
d) La transformación de programas en misiones.....	122
II Conclusiones.....	126

1888

101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA

Carmen Naranjo



LA ACCION CULTURAL EN LATINOAMERICA

A. INTRODUCCION ACLARATORIA

El escribir un ensayo sobre cualquier tema relacionado con el amplio campo que representa la cultura, es ir conscientemente al encuentro con personas cultas que tienen sus propios criterios, incluso tesis, muchas veces hechos estilos de vida, actitudes sinceras frente al quehacer privado o público, posiciones concretas de enfrentamiento a la erosión cultural que ocasiona con frecuencia el vivir en un mundo de múltiples tareas y desafíos, y quizás políticas definidas con la esperanza de que la cultura sea respetada y difundida.

En la acción cultural se entretrejen esfuerzos individuales, colectivos y gestiones estatales, siempre con el afán apasionado de que lo que tradicional o actualmente considerado como valor cultural tenga el más amplio respeto y la más abierta devoción.

Se está consciente de que al penetrar el campo de la cultura, es posible encontrar múltiples y diversas posiciones que han sedimentado pensamientos, que han sacrificado intereses en pos de otros que consideran más sublimes, que han luchado y están luchando por el reconocimiento de determinados valores cul-

turales y que por sobre todo han adoptado o dictado definiciones sobre las que invierten sus mejores esfuerzos creativos e incluso un apasionado intento de proselitismo.

Este trabajo, sin menospreciar esos esfuerzos y sin tratar de criticar el poco alcance que en realidad tienen los enfoques parciales de una cultura individual, grupal, elitista o popularista, se aparta de las perspectivas que falsean las verdades y las necesidades culturales de cada pueblo. Por eso también únicamente recurre a las definiciones, tan limitantes siempre, cuando son indispensables para que se entiendan las ideas que se expresan.

Además debe anotarse que se alude a un ámbito geográfico extenso, complejo y variado como es Latinoamérica, plenamente consciente de que no se dominan las características diferenciadas de cada nación, cada una en sí todo un universo, ni siquiera las comunes al conjunto de naciones, lo que representaría un inventario especializado que sólo un grupo de profesionales multidisciplinario podría elaborar. Se hace con la sincera sensación de que el problema cultural latinoamericano se asemeja esencialmente al que afrontan otros continentes, muchos pueblos y cada ser humano.

Por último, debe aclararse que sin **ignorar** los resultados extraordinarios **que** han logrado países como Cuba y Costa

Rica, al dar señalada importancia a la educación, a la cultura, a la alimentación y a la salud de sus pueblos, no se hace mención en este trabajo a casos específicos, pues de utilizar ejemplos se haría aun más evidente la falta de dominio sobre las situaciones específicas de los países y se caería en el inventario especializado con pérdida del enfoque que se busca.

Este trabajo tiende a reflexionar sobre nuestros problemas culturales, invita a pensar en ellos y principalmente es un llamado a que participemos con responsabilidad en la democratización de la cultura, para que verdaderamente sea un patrimonio sustantivo de nuestros pueblos.

1. LA ACCION CULTURAL

El uso y el abuso del lenguaje siempre limita la expresión. El hecho de que una palabra esté constantemente expuesta, no sólo erosiona su significado sino que también la convierte en un sonido inexpressivo que no comunica, ni inspira, ni demuestra el concepto esencial que se desea transmitir. Todo lenguaje requiere el respaldo de la acción, toda palabranecesita la columna vertebral de la verdad. Día con día es más evidente que sólo una ética austera y responsable en actos da contenido al idioma.

No podemos adelantar en este trabajo el desarrollo del tema, si no se definen dos términos, uno simple y el otro compuesto: cultura y acción cultural. Por supuesto que de ambos se podría realizar toda una colección de definiciones, que de manera sintética o en forma parcializada brillantemente enmarcan estas actividades del quehacer humano. Sin que las definiciones que se dan olviden esos conceptos, se repite que buscan apoyar sustancialmente la invitación a pensar y a participar. Es decir, no son definiciones exhaustivas ni menos marcos encerrados, que agoten el pensamiento y por sí mismas perfeccionen a tal punto los conceptos que no haya nada más que aportar y meditar. Son esencialmente instrumentos de este trabajo, susceptibles de cambiar en todo sentido para perfeccionarlos, completarlos, precisarlos o, si se quiere aceptarlos, siempre que no se traten como fines si no como elementos ejecutivos de la labor cultural.

a) Qué entendemos por cultura?

Entendemos por cultura todo aquello que se sedimenta en el patrimonio de un pueblo para convertirse en medio de comunicación social, de tradición comunitaria, de identificación nacional, de creencia general y de expresión artística.

La definición abarca factores tan sustantivos para todo pueblo como lo son

el lenguaje, las costumbres, las características residuales que identifican en alguna forma, la fe básica que trasciende la realidad en que se desenvuelve y la riqueza creativa que aumenta su patrimonio.

No es una definición de tipo elitista que puede hacer residir la cultura en un solo aspecto, pues lo más corriente es que por cultura se entienda la creación artística y abarque únicamente la literatura, la música, las artes plásticas y la arquitectura, las llamadas artes mayores y a veces las denominadas artes menores. No es tampoco una definición popularista que considere cultura únicamente lo que proviene de la expresión más sincera y primitiva de un pueblo. Menos aún es una definición que enfoque, desde el punto de vista técnico, la cultura como medida del desarrollo científico alcanzado por determinada comunidad y resulte así la demostración de una civilización altamente tecnológica. Si bien hay cultura por resultados, se da también la contradicción de que la tecnología puede ser el enemigo más activo y peligroso de la cultura, como expresión social.

En realidad la definición no busca sumar los factores para dar como total la cultura. Si en algo no hay con frecuencia y facilidad suma es en la cultura, aún cuando se da con cierta constancia el fenómeno de la resta. La definición pretende demostrar que la cultura es el aporte básico del patrimonio de un pueblo, que

se logra dentro de una conjugación de pasado, presente y futuro, como un juego de tiempos en que se traslada una experiencia humana y de la que queda un sedimento de patrimonio, que es plenamente lo fundamental en la identificación de un pueblo.

Las grandes figuras, los genios, las obras monumentales, son cultura universal y nacional cuando trascienden las épocas y se mantienen vivas en la historia diaria de los pueblos. Responden así al enriquecimiento de este sedimento en el patrimonio, que crece transmitiendo, aportando, inspirando y siempre adelantando.

b) Qué entendemos por acción cultural?

Dentro del mismo orden de ideas que se expuso al definir cultura, por acción cultura se entiende toda labor que fomente la cultura. Algunas veces la acción tenderá a despertarla, a revivirla, a darle vigencia en el presente, a trasladarla lúcida de contenido histórico y de razón de ser hacia el futuro, a perfilarla en algún vértice para ahondar su significado o importancia; en fin, a obtener el relieve necesario de concientización a lo que el pueblo inconscientemente trata como símbolo y con ello arriesga a perder la consistencia profunda de todo su valor. Otras veces la acción cultural buscará nuevos valores, nuevas corrientes de expresión, la incorporación cuidadosa y respetuosa de expresiones ajenas y eficaces

de otras culturas, la destreza y habilidades con técnicas modernas, la compatibilidad mediante un conocimiento pleno con otros pueblos, la comunicación equilibrada entre las diferentes culturas dentro de las normas de respeto a que debe responder la convivencia humana y la relación internacional o a ahondar con inteligencia la creatividad del pueblo.

La acción cultural no debe ser conductista, es decir no se debe fijar el propósito como una meta fija a la que se conduzca el trabajo creador de un pueblo, de manera inflexible y rígida. Debe ser porosa para orientar sin quebrantar la libertad creativa; debe contar con objetivos variables según la voluntad clara que expresa el mismo proceso de sedimentación en el patrimonio cultural; debe enriquecer siempre con la constante presencia de que no se trata de agregar sino de encontrar el camino de enraizar a lo sustancial propio e identificante; debe hacer crecer sin sacrificio del perfil auténtico de cada pueblo.

En toda acción cultural debe tenerse en cuenta dos principios primordiales: el de que el enriquecimiento de un pueblo reside en el crecimiento de su cultura, cultura que no es un bien artificial, adquirible y superpuesto, sino que es fundamentalmente resultado de su historia que sólo se puede alterar en el presente y en el futuro mediante un respetuoso tratamiento de valores para despertar su de-

sarrollo y su abundante creatividad. El otro principio es el de que el patrimonio cultural no pertenece a un grupo, sino que debe ser compartido consciente y justamente por todo el pueblo como único medio de incorporación social, en que prive el derecho a la calidad de la vida y la racionalidad en la utilización de los recursos naturales.

La acción cultural no puede orientarse a sectores, salvo que se especialice en vocaciones que no son comunes y generales, y estas vocaciones, una vez que logran la expresión que tenían dentro de su libre expresión creativa, deben ser responsabilizadas de enriquecer el patrimonio cultural común mediante el ejercicio extenso de sus conocimientos, técnicas y sensibilidad artística. La acción cultural debe orientarse hacia todos, que todos son los creadores y recreadores del patrimonio cultural, patrimonio que les pertenece por completo. Esa jornada total, que incluye por supuesto la labor individual y solitaria del creador, debe realizarse según las condiciones de los diferentes grupos y comunidades. Lo importante es no perder nunca el énfasis de la tarea masiva y de la responsabilidad social frente al pueblo, pues si la acción cultural se concentra en etapas y en grupos acabará por especializarse y refinarse, para atender las demandas crecientes de un sector ya culto y siempre listo para exigir mayor calidad y más aguda especialización. De perderse el

conjunto, la cultura se convertirá en el patrimonio de unos cuantos, que por ese solo hecho será totalmente diferente al resto del pueblo y en una y otra forma llegará a ser el explotador de los demás, de los incultos. La distribución de la cultura siempre demuestra el estado de un pueblo, la justicia o injusticia que impera en su situación social.

La cultura manejada como un bien reservado a ciertos elegidos, los poseedores de otros bienes, los educados, los dueños de conocimientos o los beneficiarios de los sistemas educativos, siempre sostendrá una situación injusta y discriminatoria, muy pobre en el panorama social del país y poco propicia para lograr su desarrollo. La cultura tratada como un instrumento de incorporación social, abierta a todos, es el único camino para un desarrollo racional y justo. La acción cultural no puede separarse de esa realidad.

En la práctica se da la circunstancia de que quienes ejercen influencia o presión en las políticas estatales, logran desviar la acción cultural del Estado hacia las necesidades refinadas de ciertas élites, con olvido y a veces menosprecio de la necesidad total del pueblo, sin considerar que con ello se estanca su incorporación y se impide el crecimiento medular de la cultura patrimonial, que debe ser hecha por todos en beneficio de todos. Por otra parte es corriente que la política cultural de un

país se deje en manos de una persona culta, bien intencionada, o de un grupo culto imbuido en sus propios intereses culturales. Se da entonces el fenómeno de una política concentrada en lo culto para lo culto, una especie de círculo vicioso que crece en la circunferencia al incorporar únicamente a los selectos, que en muchas ocasiones son aquellos que a base de esfuerzo, de sacrificio y de desgarramiento interior han logrado superar la adversidad y demostrar su valor cultural personal, construido muy lejos del amparo y del auspicio de la política estatal.

La acción cultural tiene que ser manejada con plena conciencia de los intereses nacionales, para que se dé la incorporación social que requiere un pueblo y no se desequilibren sus condiciones básicas mediante el crecimiento vertical de determinados grupos. Por otra parte, la política estatal debe tener presente que los grupos, apasionados por alguna expresión artística, pueden encontrar por sí mismos medios de desarrollo de sus vocaciones, y si no fuera así únicamente necesitan los alientos para estimular sus aficiones o sus talentos.

La acción cultural es el camino para que la cultura se sedimente en un patrimonio creciente, cada vez más rico y más activo, que sea de todos y beneficie a todos.

2. PARTICIPACION EN LA VIDA CULTURAL Y COMUNICACION CULTURAL

Es muy fácil aislar a un pueblo de su vida cultural: basta con menospreciar su creatividad hasta llegar a impedirla. Se puede educar a un pueblo para que sea diestro en el manejo de conocimientos fundamentales, como el abecedario, las simples operaciones matemáticas, una noción elemental de la geografía y de la historia, una idea aproximada del cómo y del cuándo de determinadas cosas, un criterio conformista de la ética y los hábitos indispensables de la higiene. Esa educación alfabetizadora puede estar divorciada incluso, y lo está en muchos casos, de las tradiciones sociales, religiosas, creativas de la familia, de la comunidad y de la sociedad en general. Se educa en esa forma para invalidar y en vez de producir personas diestras para servir en los diferentes campos de creatividad formadora e impulsadora, egresan de los centros educativos seres que demandan reconocimientos y privilegios sin encontrar nunca la vía de misión y de servicio, que permita a cada persona responsable aportar lo mejor de sí en función de la sociedad en que vive y en expresión de su propia realización.

Esta educación invalidante, alguna hasta de grado y post-grado universitario, opera desligada de la cultura del país y ofrece siempre alternativas y soluciones que le restan fuerzas o le impi

den actuar en beneficio de la sociedad. En primer lugar porque agota insaciable los recursos sin crear nuevos recursos o llenar necesidades. Luego porque consume, en el sentido de extinguir, los bienes culturales, los desgasta y empobrece, sin pensar en el aliento que requiere su germinación, su generación histórica, el abono cuidadoso de su crecimiento y el respetuoso valor de su enriquecimiento vitalizador en el presente y en el traslado hacia el futuro.

Sin embargo, también es fácil vincular a un pueblo a su vida cultural: basta con señalar lo que es propio, darle su valor, reconocer lo que representa su patrimonio, enfatizar la responsabilidad que entraña y descubrir la identidad social en la individual con el intercambio creador y recreador que quiera. Esta vinculación es el fruto de una educación hecha praxis continuada y permanente, en que se conjuga el dar y el recibir, se siembra la inquietud de pensar y descubrir, y -por sobre todo- se enseña a ser una persona útil que puede transformar respetando, que cambia enriqueciendo, que apoya su crecimiento en afirmaciones o negaciones siempre válidas en la sinceridad de una valoración cultural. No es una educación respetuosa del status quo, sino una educación que lleva a crear con todos los rompimientos y cambios que eso significa. Por lo mismo el respeto estriba en la vinculación con el verdadero valor cultural, fruto del mejor quehacer

humano, especie de vaso comunicador entre el pueblo, y no en el ejercicio de una imposición o de un consumo, pues de los vínculos surge siempre la ruptura de la continuidad en una nueva línea de creación, de recreación o de simple seguimiento.

La educación válida y creadora, aun al nivel más elemental, al del dominio inicial de los instrumentos básicos para la apertura del conocimiento, siempre propicia la invitación a la habilidad para establecer el diálogo comunicante en que se descubre la cultura y se afirma. Es la educación hábil para pensar, para crear y para contribuir, pues se apoya responsablemente en la necesidad de ser útil y servir. La cultura, dentro de esa educación continua y de formación permanente, resulta un sedimento de descubrimientos y de redescubrimientos como si fuera una noticia de asombro que revela un camino desde el que se puede confirmar el pasado o negar la tradición, para dar por la vía de la aceptación o del rechazo la realización personal más auténtica en los valores que se reconocen propios. Esos valores, nieguen o afirmen la tradición, siempre serán un vínculo de traslado y de crecimiento del patrimonio cultural.

El marco en que se expresa la cultura presenta protagonistas y receptores en un intercambio de papeles, que produce la transformación de valores en la

tendencia del enriquecimiento, del crecimiento y de la participación colectiva. Nada es estático, menos aun en el ámbito de la cultura. Hay siempre un fenómeno depurador de los adornos y lo que no se convierte en instrumento de acción cultural, de trabajo en pos de la cultura, de incorporación social de tipo igualitario y esencialmente democrático, pierde vigencia y muere. Es una muerte resurrección, pues queda prevista la vigencia en el descubrimiento de valores que destruyan la condición ornamental de una expresión, para darle validez en una nueva circunstancia que tonifique la energía nueva de lo simple latente en el patrimonio cultural. Todo lo acumulado despierta cuando la cultura posee el rumbo vivo y libre que da la creación.

a) Protagonistas y receptores

Es indudable que existe una estructura de ficción en lo que llamamos educación, transmisión de conocimientos, comunicación de experiencias, traslados de consejos y mensajes de tradiciones en el paso de una generación a otra. Esa estructura de ficción nos lleva a concebir la escenografía correspondiente, que se diseña en el aula, en el laboratorio, en el auditorio o en la mesa redonda. Esa estructura de ficción también nos indica que deben existir por una parte los grandes o pequeños protagonistas, según el reparto, y por otra el público, o sea la masa de receptores.

Si bien esa estructura de ficción es un lugar común, difícilmente destructible por la solidez con que ha sido concebida y sustentada en moldes vacíos, tan rígidos como todos los que representan el formalismo, resulta en la práctica veraz del ejercicio cultural una de las más absurdas falsedades. Ninguna enseñanza, transmisión, comunicación o intercambio de conocimientos necesita escenario, menos aun protagonistas y receptores. Requiere oportunidad en el espacio y en el tiempo, así como intercambio entre las inquietudes y su por qué frente a las explicaciones y su cómo. Necesita concientización de que la demanda por saber parte de una necesidad sentida y vivida, lo que implica un conocimiento, y por lo mismo el respeto a esa manifestación cultural que reconoce el vacío de una respuesta válida. La pregunta no nace del querer saber en un espacio desierto, nace del saber algo en un espacio sembrado de muchas inquietudes con múltiples probabilidades de respuestas. La pregunta es tan legítima como la respuesta. No hay respuesta sin pregunta, ni pregunta que no deba encontrar la más legítima respuesta, aun cuando sea el "no sé".

El ser protagonista de la pregunta y receptor de la respuesta, no niega que en ambas caras de la moneda existió el asombro que germinó la filosofía y la pregunta que engendró el asombro, luego respuesta explicativa de esa filosofía. El compartir es dual e infinito: sólo pregunta

el que sabe algo y quiere saber más, sólo responde el que sabe algo y quiere saber más.

La estructura de ficción en la cultura hace mucho daño. Jerarquiza lo que es acción y comunicación, crea sistemas sobre lo que debe ser siempre vertiente enriquecida de nuevas corrientes, estatiza lo que es movimiento creador, monologa lo que tiene que ser coro. constante de múltiples expresiones. El hecho de concebir protagonistas y receptores parece un indicador de orden, pero en la realidad la ficción persiste sobre sí misma y queda sola. Entonces el protagonista se siente el ejecutivo de la cultura, el que la hace, le da valor, comercia con ella y la enseña. Así se encuentra la muerte de la cultura, que no es propiedad de alguien en particular sino de todos. La posesión exclusivista la aniquila porque la aísla de su vitalidad y la aleja de su contenido esencial. También al establecerse el receptor, se da el fenómeno de que se concibe el traslado de un bien común como el tránsito momentáneo, casi fugaz, de una memoria total a otra memoria parcial. De memoria a memoria no hay vida, no hay comunicación, no hay intercambio, sólo existe el registro del espectáculo. Sacar a la cultura de ese nivel de espectáculo, es convertir el acto en acción, el discurso en comunicación, la absurda memorización en afán de estudio y dar a protagonistas y receptores la oportunidad constante de intercambiar papeles. El flujo de la cultura requiere únicamente creadores y recreadores.

b) La participación en la representatividad. Libertad y cultura

Todo lo anterior se puede propiciar si al fijar la política cultural, se tiene en cuenta la representación de todos los sectores que forman la sociedad, especialmente la de grupos con tradiciones propias y características diferentes. El oír sus necesidades y el atenderlas mediante acciones que debe cumplir toda la comunidad, es un aspecto esencial.

En cultura no puede existir una política oficial que propicie una cultura oficial, por la simple razón de que tal cultura no existe. La cultura la genera un pueblo y es de ese pueblo. El oficialismo está sobrando. Sin embargo, sí puede y debe cada Estado estimular la conscientización de esa cultura y procurar por todos los medios su extensión nacional y su enriquecimiento.

La participación de los elementos más representativos del pueblo para orientar la política cultural y su ejecución, es la única forma de asegurar que se propicien las condiciones y circunstancias que, respetando la evolución germinadora de la cultura, abonen su mejor desarrollo.

La acción cultural se realiza cuando logra la mayor participación y culmina felizmente cuando esa participación es total y libre.

Participar en la cultura es unir el esfuerzo individual al esfuerzo nacional, la realización individual unida a la realización social. No hay quizás otro trabajo que depare más entusiasmo y mayor voluntariado.

El logro de esta participación colectiva sólo se obtiene por medio de una entrega sincera a los mejores intereses del país, dentro de los que están los valores culturales. Por eso es tan importante que cada acción cultural auspicie desde la participación en la representatividad hasta la participación espontánea en un movimiento general. En esa forma se producirá una cadena participadora, en la que la política cultural estará vinculada a las necesidades y se producirá la instrumentación requerida, para que se dé la incorporación social que debe propiciar la cultura.

Hay un clima necesario para que se genere lo enunciado, es el clima que crea la libertad. Es difícil concebir la cultura sin libertad y la libertad sin cultura. En las regiones en que la libertad es sólo privilegio de la clase gobernante, y aun los neutrales y los alejados de la política viven tranquilos en el ámbito limitado de permanecer estáticos, únicamente preocupados de su quehacer y de su empresa privada, la cultura es el juego de la ociosidad, cuando no el riesgo de la cárcel y de la acusación de agitar socialmente.

El arte de crear y recrear que alimenta la cultura necesita un espacio libre, un indagar libre, un tiempo libre, un pensamiento libre, un hacer libre, un pensar libre y, por sobre todo, una aceptación libre. Ese clima de libertad significa el aporte sin dogmas, el dogma sin proselitismo y proselitistas, la expresión y la comunicación en un intercambio enriquecedor en que no haya limitación alguna, la creación y la recreación en un flujo creciente y la participación colectiva en la acción cultural.

Por lo dicho, queda claro que se trata de una libertad ofrecida de manera responsable en la misma medida en que se trata de una cultura responsablemente hecha y compartida por todos.

c) La comunicación participativa,
creadora y recreadora

Para que se propicie una cultura que sea un bien compartido, se necesita una comunicación participativa, es decir que llegue a todos, no en el sentido de extensión sino en el de intercomunicación permanente en que siempre se parta de los valores culturales existentes y de las necesidades de incorporación social que se deben llenar. En ninguna acción cultural se parte de cero, siempre existe una base que se debe respetar y estimular, una inquietud que responde a esa posición ya creativa. De esa existencia, que es una especie de caudal, parte la acción cultural.

Nada más contraproducente a una comunicación participativa que la falta de una política estatal, formulada y sostenida con la representatividad de los diferentes participantes, en el campo de las comunicaciones colectivas, como son la prensa, las revistas, el cine, la televisión y la radio. Es urgente y necesario, para salvaguardar la cultura y los primordiales valores humanos, que cada Estado regule esas comunicaciones para evitar los daños sociales que están causando. No se trata de coartar la libertad de expresión, ni menos aun oficializarla del más mínimo modo. Se trata de sentar principios, normas, regulaciones que obedezcan a la libertad responsable que debe reinar en nuestra sociedad. En la mayoría de nuestros países estos medios están en manos de consorcios comerciales, tan poderosos que son capaces de crear todo un clima de subversión y de escándalo público, en nombre de la libertad, cuando se trata simplemente de la defensa descarada de intereses comerciales, en términos de mercados, anuncios, clientes como se llaman en su único lenguaje: un lenguaje contable.

Mientras un país no asuma la responsabilidad de regular estos medios o de utilizarlos para que se propicie una comunicación participativa, está negando a la cultura una vía de creación y recreación, en consecuencia de enriquecimiento. Está consumiendo, se repite en el sentido de extinción, la cultura del país, su movimiento generador y creativo. Está, para no abundar en términos materializando comercialmente a los poblado.

res, encerrando a las personas en los egoísmos de la defensa y de la violencia, de la vulgaridad y de los sueños pedestres, está aportando la contribución más eficaz para que impere la anticultura. Las consecuencias de una debilidad o de un descuido en este campo, la vivirán trágicamente los países en un plazo relativamente corto, porque el producto de la mediocridad, que siempre es un calcar no un crear, se palpará en resultados nefastos. Niños con la imaginación agotada, inválidos antes de madurar los primeros pensamientos propios; personas enclaustradas en un afán de prestigio superficial, demandantes de privilegios, ajenas a sus responsabilidades, negativas al menor esfuerzo, extranjerías ante la misión de servicio que requiere el país e indiferentes siempre al aporte y a la contribución que implica su realización personal y la nacional. Lo peor es el encuentro con una sociedad narcotizada, que ha dejado de pensar y se ha esquematizado entre la repetición de "slogans" y de conceptos este reotipados y la creación de hábitos innecesarios, que exigen un consumo fuera de sus posibilidades y de sus demandas normales. Esta sociedad exigente de "innecesidades" y con una expresión enfática en términos desgastados pero comunes, es enemiga de todo progreso que no se le ordene dentro de sus características de obediencia a lo que se repite con sonidos, imágenes y palabras de propaganda.

La propaganda sistemática y perforadora en la masa es la única que produce el movimiento automático, obediente, simulador de inquietudes y generador de las más deformantes ficciones, con resultados que pueden parecer en determinado momento insignificantes, pero que pueden convertirse en otros en la manifestación más negativa a los valores humanos. La propaganda propicia el clima nefasto que rompe la comunicación, que niega la participación y que propicia la anticultura, que es precisamente la negación a incorporar responsable y socialmente a un país dentro de la acción cultural que hará crecer su patrimonio cultural en beneficio de la humanidad.

La comunicación participativa, que requiere la utilización de esos medios colectivos para darse con abundancia creativa, representa el instrumento de expresión en que se establece el hecho de la pregunta y de la respuesta, del reconocimiento de necesidades legítimas y de soluciones vigentes, de la actuación responsable y de la recepción adecuada, del intercambio de papeles entre protagonistas y receptores, de la destrucción de las ficciones en el imperio de la verdad y de la manifestación real de la verdad frente a lo superfluo y a lo importado según la veleidad de la moda.

Esa comunicación participativa produce, como consecuencia lógica, la corriente creadora y recreadora, pues desde el

plano de la más eminente realidad la expresión encuentra el respaldo de la voz y del auditorio en una invitación a pensar y a actuar, que puede partir de puntos elementales hasta llegar a los trascendentales. La afirmación que requiere la cultura elimina así las negaciones, para dar paso al gesto creador y recreador, que exige la participación de todos en la acción cultural.

Es fácil ver esta realidad en la circunstancia específica de nuestros países. Sólo aquellos que utilizan los medios de expresión colectiva, sin menoscabar la libertad responsable, logran afirmar la labor educativa y la acción cultural. Los otros, que no han logrado esos aciertos, dispersan sus esfuerzos educativos, encuentran resultados contradictorios y se confiesan incapaces ante los caprichos de sociedades que señalan con hechos y con índices que la cultura no es un patrimonio de su pueblo, hecho y compartido por ese pueblo, sino algo que se pierde cotidianamente frente al fenómeno creciente de la anticultura. Y la anticultura es una realidad que riega valores, que resta a nuestro presente histórico la posibilidad de transmitir un cúmulo de tradiciones y de valores, pues la negación abunda en la misma forma que abunda la despersonalización de los pueblos. Y en la despersonalización de los pueblos no sólo se produce el fenómeno de la pérdida de los valores culturales, sino también la energía de crearlos y recrearlos.

Si toda la concentración del trabajo estatal se enfoca en el patrimonio de un pueblo, se tendrá que pensar seriamente en propiciar la comunicación participativa, creadora y recreadora del pueblo. Para ello no habrá otra alternativa que olvidar las líneas conductistas, vengán de la vía oficial o de la casi siempre irresponsable vía comercial, para propiciar que la libertad responsable deje en manos de la comunicación participativa, creadora y recreadora, lanzar su propia voz para que alcance la mayor fuerza.

De todos los patrimonios de un pueblo, hay que iniciar el mayor apoyo a ése que tanto se descuida porque se concibe **sólido e inalterable, a pesar de lo que** constantemente se erosiona, o sea el patrimonio cultural, más importante que el valor real de la moneda o el equilibrio en la balanza de pagos, entre lo que se importa y exporta. De ese patrimonio, el sustantivo de un pueblo, depende que tenga vigencia real el pasado, el presente sea legítimo y el porvenir una meta por la que luchar mediante los más ingentes esfuerzos. Ese patrimonio es el verdadero espejo de un pueblo, en el que encuentra no sólo su fisonomía y su independencia, sino algo más: su razón de ser, el fin sustantivo de su existencia.

No hay fórmula mágica en ese logro. Hay un camino: la comunicación participativa, creadora y recreadora de que tanto se ha hablado en este trabajo.

3. VALORES CULTURALES Y PATRIMONIOS CULTURALES

La cultura es en esencia un conjunto de valores culturales, permanentemente vivos en el patrimonio de un pueblo. La permanencia activa de los valores no tiene de manera obligada una vigencia utilitaria, ni su validez depende de su utilidad práctica. El valor es en sí una representación de un patrimonio permanente, del que se puede partir para obtener mayor luz. También se puede dar el fenómeno de que puede permanecer activo pero sin generar crecimiento y riqueza. Por eso es tan importante partir en la acción cultural, que debe ser siempre una gestión estimulante, del reconocimiento de esos valores y no de su menosprecio y olvido.

En un mundo intensa e inmediatamente comunicado las culturas se influyen con tal rapidez y con tal fuerza, que no se puede concebir una cultura aislada o incomunicada con otras, menos aun pura de contaminación. Las influencias son estímulos convenientes y creativos, siempre que no signifiquen una invasión con su secuela colonialista. De todo intercambio resulta algo positivo y constructor, porque el intercambio es diálogo y participación. Para que se produzca intercambio debe existir un equilibrio de fuerzas o por lo menos el respaldo seguro de una cultura afirmada en su propio gestor, o sea el pueblo. Afirmar la cultura nacional es una tarea que debe realizar todo gobierno, dentro del clima de libertad que requiere esa labor.

a) Qué es valor en la cultura?

Valor en la cultura es todo aquello que enriquezca el patrimonio de un hombre, le abra el horizonte, le permita mejorar la calidad de su propia vida y de la vida social, así como contribuir a auxiliario en su mejor incorporación al progreso. Significa, por lo tanto, el fin y el medio, la constante evolución, que hacen crecer al hombre y a la sociedad, para representar el más legítimo capital de un pueblo.

El valor ingresa al patrimonio cultural cuando es una expresión que se ha integrado a la forma de ser de un pueblo. Por supuesto que también ingresa al patrimonio el aporte que determinada persona logra individualmente realizar, pues toda obra que parta de una cultura y la adelante hacia el progreso forma parte de la sociedad en que se desarrolló. Se podría pensar que en este quehacer individual no hay participación ni ejercicio creador de la sociedad, pero debe meditar que en el trabajo cultural hay siempre una sustancia común elaborada por el creador en un sentido de vigencia universal. Ese aporte, fin en sí mismo, representa también una enseñanza abierta de la que todos pueden participar y aprender, además de un estímulo para crecer en la expresión artística.

Los valores culturales son patrimonio de la humanidad, siempre que se guarde el debido respeto a la nacionalidad que la aportó. En la cultura todo tiende a la universalidad, por eso es el medio más le

gítimo de conocimiento entre los hombres y la base fundamental de la paz en un entendimiento profundo que propicie la aceptación y la convivencia.

b) El patrimonio como fetiche

Y este patrimonio, formado por los valores culturales, en muchas ocasiones se tiende a tratarlo como fetiche. De esa manera pasa al plano de culto, en que no se da la participación. Se convierte en objeto de ceremonias y de formalismo. Sólo los entendidos lo gozan y lo entienden, sólo los técnicos y especialistas lo descifran, sólo los privilegiados en una forma u otra poseen el derecho de disfrutarlo. Se logra así congelarlo, apartarlo de la corriente viva y renovadora, momificarlo para que se convierta en una riqueza muerta, que sólo tiene vigencia dentro de una valoración histórica.

Ha pasado mucho este fenómeno con la arqueología prehispánica de Latinoamérica. Aislada en museos, manejada por expertos, resguardada por coleccionistas, ha dejado de ser un aporte vivo, inspirador de nuestros pueblos. El valor cultural de todos esos objetos arqueológicos es casi generalmente el de un tráfico comercial, pues sin comprender el significado creativo que tiene para la nación el hecho de que la sociedad pueda participar y recrear la maravillosa cultura indígena, cada objeto se valora en virtud de su precio, ofrecido

siempre por aquél que desea exportarlo de su entorno y llevarlo a otro en donde tendrá el significado de curiosidad histórica.

El patrimonio cultural requiere la vitalización constante, para que en vez de culto, ceremonia y formalismo ofrezca comunicación inspiradora.

c) El patrimonio inspirador

Un patrimonio inspira cuando el pueblo es consciente de que representa su pasado, debe ser responsable de mantenerlo y de transmitirlo enriquecido al futuro.

El sentido de participación es vital, porque con ello se logra la vinculación, la concientización y la responsabilidad. No hay tradición totalmente muerta en un país, siempre queda una raíz que vitalizar y desarrollar. En repetidas ocasiones el tratamiento de esa raíz no ha sido el más adecuado, ya que en vez de orientar su nueva generación hacia el desarrollo de las pericias en una legítima expresión artística, se ha orientado hacia la confección de "souvenirs" turísticos. En muchos casos, la explosión de la artesanía ha comercializado, sin un fin creador, lo que nos ha quedado de la raíz creadora indígena.

Lo esencial de contar con un patrimonio inspirador, estriba en que se man-

tiene viva la capacidad creadora de un país. El enseñar el valor cultural de cada uno de los componentes del patrimonio, el descubrir la estructura de ese valor y su trascendencia en contenido, forma y significado, es una de las labores más necesarias en la educación de un pueblo, labor en la que sería de gran provecho y utilidad contar con los medios de comunicación masiva. La tarea educadora en este campo no sólo se requiere con urgencia sino que representa una de las más amplias responsabilidades de la educación. Sólo una educación participativa, que logre el proceso de la continuación y de la permanencia, podrá mantener vivo el patrimonio cultural y obtener esa condición inspiradora que requiere la generación espontánea de la cultura.

d) Los países pobres y los países ricos

Si buscáramos cuidadosamente la diferencia sustantiva entre los países pobres y los países ricos, podríamos encontrarlos con la verdad de que estriba en los sistemas educativos y en los resultados que ellos dan. Un país pobre educa pobremente a sus pobladores, apenas si puede llegar a un determinado número de sus pobladores, casi siempre deja a las grandes mayorías sin educación o con apenas los instrumentos necesarios para leer y contar. Un país rico no sólo emplea ingentes recursos en la educación, sino que la sociedad misma consciente de la necesidad de

educarse empeña sus mejores esfuerzos en atenderla con prioridad. La educación al canza a las mayorías en los países ricos.

En cambio, la cultura como volumen no responde a la división entre un país rico y un país pobre. Una cultura de siglos, llena de riquezas, como el caso de India o de México, de Perú o de Italia, no hace al país rico dentro de la clasificación que se está usando. Es decir, la riqueza en cultura no responde al esquema distributi vo de las actuales estructuras económicas.

Sin embargo, hace pensar por qué un país rico en cultura no lo es en economía o por lo menos en educación. Por eso cabe aclarar que la cultura no siempre logra la vinculación que le permite entrelazarse con la realidad presente de los países, pues se tiende a dejarla en el pasado como un inventario de lo que "se fue" sin relación alguna con lo que "se es". Es la cultura como fenómeno histórico, como patrimonio pasivo del pueblo, sin ligamen alguno con el proceso generador e incorporador que debe tener.

¿En qué momento de la historia se pro dujo la desvinculación? ¿En qué época la cultura acumulada dejó de tener vigencia y se convirtió en recuerdo? ¿Desde qué año esa cultura, arrastrada inmóvil, se trans formó en un peso contraproducente para la riqueza y desarrollo del pueblo? ¿Cuáles fueron las causas que produjeron el divor cio entre cultura y educación?. La histo-

ria de cada país demostrará los motivos, las fechas, las causas y las circunstancias que propiciaron esa transformación negativa con el resultado de valores inmensos y asombrosos, que ya no tienen validez en el presente, salvo el muy apreciable de la historia y de la arqueología.

Los países ricos en las ayudas que extienden a los países pobres hacen muy poco por solventar la diferencia existente, en repetidos casos esas ayudas tienen intereses preconcebidos que van desde la explotación que representa el uso de tierras fértiles, mano de obra barata, condiciones favorables para extraer al menor costo productos mineros o agrícolas, o la apertura de mercados para su imperio industrial. La educación, las condiciones de alimentación y de salud de los pueblos pobres, poco o nada interesan a los países ricos. Y son esas tres condiciones las básicas para que las naciones menos favorecidas encuentren un camino que propicie un desarrollo acertado y racional.

En cuanto a la cultura, el trato de los países ricos es realmente injusto porque no impide el enriquecimiento de sus museos o de las colecciones particulares con la compra, casi siempre ilegal y clandestina, de los mejores bienes que forman el patrimonio cultural de los países pobres. Son los países ricos los adquirentes de objetos arqueológicos, coloniales, republicanos, según adquieren prestigio por su tiempo histórico, por su belleza o

por su valor artístico. Y el afán de adquirir y de acumular también los lleva a importar talento, mano de obra diestra, aun servidumbre. No se dan cuenta esos países que al empobrecer a los demás, están contribuyendo a que domine el principio de injusticia entre los pueblos, lo que derrota toda intención de entendimiento, de convivencia pacífica y de armonía universal.

e) La necesidad de los museos activos

Sólo consciente un pueblo de su cultura, puede lograr su defensa, que es una defensa de afirmativa fisonomía y no de actitud rebelde o belicosa frente a las relaciones humanas o internacionales. La comunicación no se puede interrumpir, es parte de lo inevitable dentro de la vida actual y tiene significativas ventajas. Debe aprovecharse el internacionalismo de la época para que cada cultura ingrese al patrimonio universal, con lo mejor de su propia expresión nacional. Eso se realiza únicamente cuando la cultura es una afirmación viviente y siempre envuelta en el quehacer creativo.

Muchas cosas se pueden hacer para crear ese movimiento cultural, que desprendiéndose de los mejores valores del pasado, los transporte enriquecidos hacia el futuro junto a todo lo que adelanta el creativo talento humano y la inagotable inteligencia del hombre. No busca este trabajo

enumerar para enclaustrar lo que debe ser creación y encontrar en cada tiempo y lugar la mejor vía expresiva. Sin embargo, vale la pena exponer la necesidad de convertir el museo, que ha sido el tradicional recinto de lo que tiene valor histórico o arqueológico, siempre solitario e invadido por un silencio respetuoso y aislante, en un centro vivo de aprendizaje y de acción cultural. La tarea de transformación requiere el empeño de muchos esfuerzos. Cada sala debe ser una lección viva, que incite a saber más y que permita a los diferentes participantes estudiar, copiar o interpretar libremente lo que se exhibe. Cada localidad debe tener su propio museo, con los objetos de valor que se han recogido en la zona y con su intercambio periódico y sistemático de piezas y de otros valores. Cada artista de prestigio, cada prohombre del país, cada creador con méritos debe contar con un pequeño museo que dé una idea lúcida e inspiradora del ambiente en que trabajó, de ser posible en la residencia auténtica en que transcurrió su vida. De esa manera se logra transmitir su mensaje, en una forma más cabal que por medio de bustos y fotografías, que por ellos mismos no expresan mucho.

Los museos activos, junto a los espectáculos de luz y sonido, realizan una acción cultural de permanente estímulo, en beneficio de una cultura formadora de un patrimonio participativo. Representan el aula grande a la que se asemeja tanto la vida, cuando está regida por una determinación de realizaciones y contribuciones.

4. CREACION ARTISTICA

La creación es la invitación permanente que debe aportar la acción cultural y la educación. La creación no puede estar limitada a lo artístico, como si el arte fuera el único bien que ingresa, forma y enriquece el patrimonio cultural. La creación incluye cada quehacer humano que descubre un todo, una parte, un perfil o una corriente que signifique una entrega de belleza, de ciencia, de experiencia, de investigación o de recreación.

Por eso se usa el adjetivo "artística" en el sentido más amplio, en el que tiene el arte, o sea el de la aplicación del esfuerzo humano hacia la realización de una concepción.

En la creación es válida la múltiple capacidad de realizarse que tiene la sociedad y la persona. Sólo un lenguaje elitista habla de arte con mayúscula, como si se tratara de un don divino y no de un trabajo esforzado, en que se requiere talento, vocación y empeño. La creación es un trabajo intelectual o manual, la mayoría de las veces estrechamente ligado a lo "intelectual-manual", al punto de que la destreza se aprende trabajando, para que del trabajo integral de toda la capacidad se genere la obra.

a) La creación y el reconocimiento

De todo trabajo se espera un reconocimiento. El reconocimiento no es la culminación del trabajo ni su fin. Es el estímulo que requiere la continuidad, incluso la orientación de la obra conjunta.

Por eso sucede que hay muchas formas de reconocer, que no se asemejan al aplauso o a la distinción. La sociedad o el hombre que empeña el mejor de sus esfuerzos en la creación sabe valorar el significado del reconocimiento, sobre todo cuando se fundamenta en una crítica inteligente que señala valores y defectos. Ese juicio analítico que valora es el mejor sistema para reconocer méritos y señalar carencias.

Lo más desproporcionado es la distribución indiscriminada de reconocimiento, al punto de que no se pueda distinguir cuáles son los justificativos en que se apoyan. No se estimula así la creación, más bien se la hace mediocre.

Los estímulos no se extienden como las notas en curso de graduación. Responden a valores que los necesitan para superarse, a etapas que demuestran ya estilo y vocación, especialmente a esos apoyos de afirmación que requiere la creación.

En el reconocimiento debe haber oportunidad y ejercerse con el arte de saber distinguir. Además, el mejor reconoci-

miento que sí se puede dar en forma discriminada y sistemática, es el de ofrecer las facilidades necesarias para que el creador, consagrado, en realización o latente, pueda realizar su labor creativa y lograr su más perfecta expresión.

El buen juicio es el orientador. En todo caso, se debe tener presente que se hace menos daño con la generosidad que con la mezquindad. La creación tiene sus propios pasos selectivos y medidas a las que llegan unos y superan otros.

b) Un pueblo creativo y un pueblo pasivo

La creación de un pueblo se podría definir como una labor infinita. Es el ingenio humano que supera obstáculos, que facilita el quehacer, que desafía la adversidad, que domestica el riesgo, que descifra un misterio y siempre descubre y redescubre la inteligencia de la naturaleza en que nace y se desarrolla.

Los pueblos creativos no cesan en ese trabajo, que está presente en las labores caseras, en el laboratorio, en el aula, en el taller, en el sistema, en todo proceso y aun en las calles. En el deseo de crear muchas veces dilatan recursos y plantean economías sobre el aire que respiran, para extender perfumes de exquisita sensibilidad aun en el arreglo de jardines, de mesas, de atavíos y de cortesías.

Los pueblos pasivos se han embriagado de la invalidez cómoda que produce lo desechable, que además es lo más económico y fácil de obtener y manejar. Son los pueblos que adquieren, usan y desechan, conscientes de que su propia alma reside en un gran basurero. Son pueblos que no hacen, sino que desechan. Han perdido la dote de crear porque tratados como mercados aprendieron la utilidad de la compra y como compradores de lo material no aspiran al bien permanente, sino a aquello que les iguala momentáneamente con los más poderosos, que es la habilidad de utilizar y desechan. Estos pueblos sin firmeza sincera en su propio patrimonio cultural, sin vínculos que los ligen al pasado, salvo el escueto relato, histórico, sucumben ante la necesidad creada artificialmente del consumo y en ella se narcotizan para dejar de hacer y sumirse en el desechan.

Los pueblos pasivos pierden en ese artificio toda habilidad de crear y consumen toda su creatividad en un proceso "industrial-agrícola", que contrata su jornada de trabajo para ejecutar la parcela de una obra que no entienden ni viven, en la que son empleados, no trabajadores, porque la exigencia se basa en una porción de una pieza que no saben para qué sirva ni en qué funciona.

El trabajo de los pueblos pasivos ni es creador ni genera cultura, a pesar de que en el pasado poseyeran el arte de creare

ción y hubieran creado una deslumbrante cultura, porque se les contrató para la sección una o dos o tres o cuatro mil de un proceso de montaje, que desconocen en su totalidad y no les permite levantar los ojos para siquiera percibir la perspectiva. Los pueblos pasivos son pueblos sacrificados en que el trabajo no es realización, no es creación, no es formación, es simplemente el sinónimo de un salario que apenas sí permite una miserable vida en que la acción creadora es tan ajena como la educación, la sanidad y el adecuado alimento. Frente a estos pueblos se exhibe una orgía de consumo, que es una invitación a romper su rutina de miseria frente al apetito de tener por la única vía posible: la violencia que desbalancea el régimen conformista que estructura la sociedad en un mosaico complejo de abundancias y de patéticas necesidades. Y esa violencia latente en el simple inventario del status quo, es alimentada por la irresponsabilidad con que se venden productos por medio de las comunicaciones colectivas, en que el robo, el crimen, la mafia y la privación del más mínimo derecho humano sirve de enseñanza a su logro, a la vez que da entretenimiento para vender un artículo o evidencias que hay una diferencia sustancial entre el que ya tiene determinado aparato y el que no lo tiene, de lo que depende en última instancia el prestigio social.

La cultura en los pueblos pasivos no genera inspiración, menos aún producción o incorporación social dentro del ámbito cul-

tural. La sociedad y los individuos se pierden en el rastro del prestigio, simbolizado en los títulos que extiende un régimen educativo que carece de rumbo y de coincidencia en la demanda de las evidentes necesidades sociales. En ese afán de prestigio, cuando ya se han adquirido los más importantes elementos que lo dan, la cultura resulta un adorno que produce categoría.

Para convertir a un pueblo pasivo, en creativo, se necesita afrontar una verdadera crisis de valores y encontrar dentro de ella los necesarios para conducir al pueblo a la expulsión de los falsos ídolos y enseñarlo a reaprender los hábitos de la creatividad, que en muchas ocasiones representa una labor de regreso a las más estrictas condiciones de la pobreza y de la privación de los objetos de consumo.

c) La nacionalidad y la creación

La más plena creación implica un trascender las fronteras del nacionalismo para ir al encuentro de los valores universales. Esto es coincidente con el último fin de las culturas nacionales, que reside en el ingreso al patrimonio universal. Por eso cada cultura es convivencia y armonía dentro de un orden superior, en que impera la incorporación legítima de todos los valores.

Aun cuando el nacionalismo es tránsito y paso dentro del quehacer cultural,

pues su meta es la de sumarse al patrimonio universal, se requiere permanentemente partir de la cultura propia para llegar a la general. El respeto a la cultura de cada pueblo es imperioso, en otra forma se alteraría la armonía y la justicia, así como se impedirá el enriquecimiento de la cultura universal. Los valores culturales no se improvisan ni se crean artificialmente, son el fruto de un proceso histórico que discierne y selecciona lo que tiene contenido humano permanente.

El cuidado de lo cultural desde el punto de vista nacional, tiene otra connotación importante. En lo propio de cada país también se da una evolución histórica, en la que tienen inmensos valores los que han contribuido a su formación. Esos formadores quizás no alcancen dimensión universal, pero dentro del ámbito del país son pilares de su cultura.

Lo nacional, concebido como la faena interminable de lo que constituye la cultura de cada pueblo, debe perfilarse, cuidarse y estimularse, siempre dentro de un clima que no sea limitante ni exclusivista, que se logra situando bien la cultura nacional dentro de la universal y siendo consciente de que la relación entre ambas es creadora bajo el influjo del mismo proceso del devenir. Esa relación jamás puede ser de supeditación o de vínculo de superior a inferior. En la axiología cultural debe ser tan importante la canción popular que dice algo de un pueblo, como la gran sinfonía que ovaciona generación tras generación.

d) Una posición latinoamericana

Frente a los bloques de regiones culturales, podría hablarse de una cultura latinoamericana en la misma forma en que se habla de una cultura europea, asiática o árabe? Se habla ya de un ser latinoamericano, de una posición latinoamericana en correspondencia a la situación que se presenta en América, continente que reúne un conjunto de países de características semejantes frente a dos grandes y poderosos, de distinto origen cultural. El rápido crecimiento y asombroso desarrollo de Estados Unidos, ha contribuido casi como reacción a la fisonomía latinoamericana.

Si bien se ha ido arraigando la definición que implica el ser latinoamericano y existe básicamente una cultura latinoamericana, que es el conjunto de la aportada por cada país desde México hasta Patagonia, es cierto también que no hay una conciencia que alimente e intercomunique esas culturas nacionales entre sí. Falta una estrategia latinoamericana para conocerse mejor, para integrarse y para realizar en conjunto las acciones culturales que puedan defender mejor las culturas nacionales y contribuir a su mayor enriquecimiento.

Se necesita con urgencia una posición latinoamericana frente a su cultura, que se manifieste en acciones pragmáticas como pueden ser el desarrollo de un cine latinoamericano, la producción de "video tapes" para alimentar los programas de televisión,



el enfrentamiento de algo de nuestras poblaciones ante la invasión de patrones educativos que están perforando nuestras costumbres y raíces, y la preparación de una visión superior y digna de la región que supere el tratamiento actual de mercado. Esa posición debe realizarse por medio de acciones culturales y por una estrategia unida que depare la nueva visión de una educación abierta y participativa que responda a las necesidades de nuestros pueblos.

5. EDUCACION ARTISTICA Y ESTETICA

Esa posición latinoamericana que se requiere con urgencia en el campo cultural, debe conllevar el planteamiento de lograr un conjunto, dada la ingente labor a realizar, una educación que adiestre en el área del pensamiento y de la acción, en que se contemple la educación artística y estética.

El adiestrar para que el ser humano se convierta en un ser útil a la sociedad, es un propósito muy dicho y gastado, pero tiene una vigencia legítima pues responde a una necesidad de nuestras sociedades y no se ha logrado realizarlo en la práctica. En Latinoamérica los seres educados atienden sólo el imán de la gran urbe y emplean sus mayores esfuerzos en asentarse dentro de la burguesía, sin sentido alguno de servicio o de compromiso con los demás. El desequilibrio que se nota entre las urbes y las regiones rurales, en-

tre la ciudad y el campo, es el producto de una educación que se logra para ganar un status y no una responsabilidad frente a las exigencias reales del país.

En el campo de la educación artística y estética debe cuidarse, en primer lugar, la realización de ese principio. El artista y el esteta no se educan para que sean los dueños de un saber, los amos de una expresión, los intérpretes solitarios de una obra. Deben ser concebidos como trabajadores, que si bien merecen reconocimiento y facilidades para su labor, también deben contribuir con su prestigio, con su posición, con su práctica y con su obra a enriquecer al pueblo y a hacerlo participar en su patrimonio cultural.

La educación estética puede partir de los esquemas teóricos y prácticos que definen al mundo de las ideas, en contacto con la realidad de la región y sin menospreciar los valores estéticos que tradicionalmente ha transmitido el pueblo y viven en el alma popular. Es trágico ver en una escuela de artes en Haití o en Perú los tradicionales modelos griegos, cuando se está rodeado de figuras más vitales en su belleza y más profundos en su marco. El estudio debe ser tan amplio como lo permitan las circunstancias y nada puede ser ajeno al dominio del conocimiento, pero eso no implica que la academia se conciba separada del medio en que se desenvuelve y no tenga en cuenta el pa

trrimonio cultural del pueblo, con todos sus valores y tradiciones.

La educación artística debe ejecutarse como un hacer constante, en que se compartan experiencias y haya una corriente viva de inquietudes, respuestas y nuevas inquietudes y nuevas respuestas, en ese ciclo del que enseña aprende y del que aprende enseña. La educación artística es práctica, es quehacer, es trabajo, en que se reciben todos los estímulos y se establecen las más diferentes comunicaciones, para finalmente cumplir con una labor solitaria.

a) El qué, el cómo y el cuándo

Todos los instrumentos son válidos en la creación, que es fruto de la educación, de la práctica y de la experiencia. El qué es tan amplio como la realidad y la irrealidad. El qué combina materiales, incluso los inventa. El qué instrumenta un caudal infinito de posibilidades. El qué está siempre disponible al encuentro libre con el creador.

El cómo es siempre el objeto del aprendizaje, aun cuando presenta también una apertura increíble a la invención, pues cada materia siempre requiere su ambiente y su método más adecuados para el desarrollo exhaustivo del oficio. Precisamente el haber considerado sólo técnicas tradicionales en el aprendizaje, ha

limitado sus alcances. La innovación, no por moda, sino por necesidad del intercambio y de la participación del que educa y del que aprende, responde a ese movimiento creativo y recreativo.

El cuándo no tiene tiempo ni limitación de circunstancias. Para que el patrimonio cultural sea ampliamente compartido, vigorosamente enriquecido y debidamente comprendido, la educación debe ofrecer múltiples oportunidades a niños y a adultos, dentro de cursos escolares y dentro de cualquier otro tipo de enseñanza libre y abierta, con el fin de que las mayorías desarrollen su capacidad de crear y de apreciar. Debe tenerse en cuenta de que el arte se ha confinado en minorías, porque no se ha acercado a las mayorías. Frente a la necesidad de apertura, sólo se han hecho esfuerzos de espectáculo, lo que en realidad no comunica ni genera enseñanza espontánea, menos aun adiestra e invita a participar. Sólo la comunicación en que se está presente para descubrir en conjunto, permite las aptitudes y las actitudes de compartir que deben abonar constantemente el crecimiento del patrimonio cultural.

b) Conocimiento integracionista

La posición latinoamericana que se ha definido como necesaria, implica una intención real y sincera de unir esfuerzos que busquen la superación de los pueblos. Si existe ese propósito, por el

que han luchado los mejores hombres de Latinoamérica, se debe propiciar un conocimiento lo más cercano posible entre las diferentes poblaciones. Este conocimiento debe manifestar permanentemente el propósito integracionista.

La integración puede realizarse por zonas, pero debe darse prioridad a los aspectos culturales que unen a los pueblos, antes que separarlos. Lamentablemente las políticas han dado preferencia a la integración comercial, a la creación de mercados comunes y a la estructuración económica de las regiones. Casi se han olvidado los aspectos culturales, que hubieran sido más fáciles de realizar por los ligámenes comunes que ya existen y sólo requieren una revitalización para que produzcan un mejor conocimiento y por lo mismo una adecuada comunicación. El olvido de los aspectos culturales en que cada intento y programa de integración ha llevado a fracasos, que vendrán a atrasar el cumplimiento de los propósitos de unión, con el fin de que encuentre la más acertada expresión la posición latinoamericana.

Por otra parte, si la gran carencia de este conjunto de países estriba en el hecho de que no han logrado extender la educación al universo de cada nación, es en el esfuerzo educativo en el que deben integrarse los esfuerzos de las diferentes regiones, para procurar una educación que libere de la pobreza y de la in

justicia y sea un instrumento siempre útil para el progreso de todos.

c) Las grandes regiones y los grandes temas

La estructura geográfica, histórica y cultural ha definido regiones que han aportado y comparten un mismo patrimonio. Por razones un poco absurdas, pero de duro realismo, esas regiones permanecen incomunicadas, aun cuando siguen viviendo iguales valores culturales.

Integrar a estas regiones no es cosa difícil, existe la plataforma que se necesita, se trata más bien de una labor de construir los puentes comunicantes para el reencuentro. Paradójicamente en muchos casos la unidad política de una nación está compuesta de regiones diferentes, con costumbres, tradiciones y cultura en general que presenta ciertas divergencias, y eso no implica obstáculo para que impere la unión político-geográfica. Sin esta estructura, o teniendo en cuenta todas las medidas necesarias para salvaguardarla, bien se puede propiciar la integración por la vía tan rica del reencuentro. Por otra parte, si se aprecia la región como un todo, qué útil puede ser para los países que la comparten iniciar conjuntamente la empresa común de crear los estímulos necesarios, para que los pobladores se superen por medio de una educación útil y adecuada.

Las cordilleras, los altiplanos, los valles, las llanuras, las cuencas de los ríos, las alturas y las bajuras de Latinoamérica, requieren esa acción educativa, seguida de una acción cultural, para recobrar toda su dignidad humana y enfrentar con sus propias soluciones los retos que anuncia el futuro. No se trata, por supuesto, de una empresa para preparar a sobrevivir y conformarse. Es una empresa educativa y cultural para que impere la dignidad humana y la calidad de la vida.

Hay también grandes temas que unen a Latinoamérica. Uno de ellos es el de la libertad, o sea la necesidad de vivir libre y responsablemente, como aspiración de sociedades conscientes de sus deberes pero también seguras de que merecen un destino mejor, en que se ofrezca por lo menos la garantía de que se pueden realizar dentro de un ámbito equilibrado de respeto y de igualdad de oportunidades y facilidades.

Otro gran tema es el de la tierra. Latinoamérica expresa así no su vocación agrícola, sino la necesidad de que se respete el trabajo honrado mediante un reparto justo de los fundos, para que cada quien o cada comunidad tenga el fruto de la siembra. El amor a la tierra, que ha apegado a la inmensa mayoría de latinoamericanos a su cuidado y cultivo, es patente en toda manifestación cultural. Representa una antigua aspiración,

que se debe atender para que la participación colectiva se propicie y no se dé el fenómeno de poblaciones pasivas y asalariadas, sin entusiasmo de trabajo y la fe perdida en la superación, o el de escasamente ilustrados que se niegan a trabajar en la tierra porque consideran que es una labor sin prestigio. Son fruto de una educación mal concebida, sólo útil para restar fuerzas a la producción del país. (El término producción se usa en esta última frase con un extenso sentido, porque esos pobres ilustrados son los enemigos más activos y peligrosos de la cultura).

Otro gran tema es el de la fe. En la base sustancial de las creencias, impera en Latinoamérica el sincretismo. La mezcla de una religión impuesta frente a la explicación o la no explicación mágica del fenómeno natural que rodea. Latente la ciencia, latente la fe, latente la doctrina y el mandamiento, pero no latente sino evidente la realidad y la necesidad de un acercamiento al dios o a los dioses que gobiernan el mundo.

Sin tratar de enumerar, que se ha tenido en este trabajo el expreso deseo de no hacerlo, otros grandes temas expresados en el arte y en todas las manifestaciones culturales unen a Latinoamérica. Y la unen a pesar de las barreras culturales, que se han también creado para desunir y negarse.

d) Las barreras culturales

La verdad es que no hay una concepción plena de Latinoamérica, que permita ofrecer alguna prueba de su existencia, con algunas excepciones: la de los héroes que concibieron la unión y la antepusieron proféticamente como un bloque capaz de grandes hazañas en todos los campos, la de los grandes artistas y creadores que se proclaman ante todo latinoamericanos y su obra la acreditan como un quehacer de esta gran porción del continente americano y la de todos aquéllos que han encontrado con orgullo identidad en el término latinoamericano. Lo demás, o sea el camino práctico para la unión, incluso la cultural, anda todavía muy lejano.

La lejanía no es una consecuencia de las reacciones populares, sino de las barreras culturales que consciente e inconscientemente se han creado. En Latinoamérica no siempre han prosperado los deseos populares. La independencia parece haber sido una fórmula de crear otras dependencias. En la realidad seguimos sujetos a un orden superior, ajeno a los mejores intereses latinoamericanos, y no es fácil definir la razón que lo subordina. Algunos dicen que se trata de Estados Unidos o del temor de caer en otro imperio. De imperio a imperio se ha llegado al absurdo de que siempre dependemos, sin saber a ciencia cierta qué ma-

ligna condición nos hace depender, o sea si se trata de la subordinación que exige la venta de los productos agrícolas o minerales que se ofrecen al mundo, o si es el sostenimiento de los intereses creados en cada país lo que produce esa mistificación de la independencia.

Lo real es que artística y creadoramente somos independientes. Latinoamérica ofrece al mundo la voz de un poeta, de un narrador, de un músico, de un pintor, de un muralista, de un escultor, de un bailarín, de un creador, y la ofrece con su realidad, con su independencia, incluso con su crudismo y con su protesta.

Esto demuestra que cultura es libertad, que valor cultural es independencia, que la mejor acción de los pueblos tiene su entraña en el único patrimonio en que se ejerce la soberanía absoluta y es indiscutible: el patrimonio cultural.

Pero, ¿qué nos ha pasado en la incomunicación, en el aislamiento, incluso en el desconocimiento que impera en Latinoamérica? ¿Qué ha sucedido para que surjan las barreras que nos separan? El nacionalismo representa la primera causa cuando es malentendido y mal aplicado. El ser de determinada nacionalidad ha pasado a implicar la razón de ser diferente al de otra, aunque se crea en las mismas ideas, se compartan iguales tradiciones, se piense y se rece en un idioma común. El nacionalismo no desvirta

tuado nos ha llevado a guerras absurdas y nos ha hecho asumir posiciones absurdas. Un país cargado de población y de necesidades, no puede aspirar a que le ayude otro país sin esas necesidades y con tierras sin cultivar. El nacionalismo ha agotado recursos sin dar soluciones y ha enclaustrado su amplia atmósfera en una atmósfera pequeña y asfixiante. Y ese nacionalismo mezquino, de pobre perspectiva y de triste miseria convierte a un latinoamericano en extranjero en la amplia porción de su territorio por el simple hecho de que no nació en un lugar cubierto por su identidad geográfica política. Esa es la barrera cultural que nos atrinchera en la pobreza de negar identificaciones y ser parte de un patrimonio que esencialmente es común. Nos perdemos en la negación, en vez de enriquecernos en la afirmación.

La historia lo enseña. Hemos luchado constantemente para dividirnos, para restarnos fuerzas unos a otros. Entre hermanos nos hemos dejado arrastrar por las divisiones de los eternos Abeles y Caínes, con olvido esencial de que en el continente Latinoamericano Dios ve con igual simpatía al que conduce rebaños que al que siembra, aun cuando siembre en el silencio, en la página blanca, en el sonido, en la piedra o en el viento.

Enseñados a dividir y a restar, to-

davía parecemos desconocer el lenguaje de la suma y de la multiplicación, que es básicamente el lenguaje universal de la cultura.

e) La liberación por la cultura

Mucha gente aun se asusta por el uso del término liberación. Lo consideran revolucionario, anarquista, ruptura absoluta del orden inestable que impera en nuestros días. Es muy fácil ilusamente mantener la imagen idílica de que sólo la negación al cambio social que exige la época, puede sostener inalterable las condiciones que ahora benefician a unos pocos. Sin embargo; el fenómeno de las demandas no se detiene por el simple deseo de detenerlas o por la disposición en que se está de repartir las menores ganancias junto a las mayores obligaciones. Muchos han creído que la fórmula mágica del status quo reside en el hecho de negar educación y apertura a las grandes mayorías, a las que creen en posesión de una inercia indiferente. Otros creen que una apertura gradual a los privilegios de las clases gobernantes, es la solución más hábil. La verdad es que todos, en alguna forma, tienen la esperanza de detener el alud que crece y crece, al punto de estar por bajar y sucumbir los grandes intereses creados.

Sin negar que hay intentos legítimos de compartir los beneficios reservados a unos tantos, es imposible dejar de apreciar que las mayorías, por más reprimidas que estén, algún día encontrarán expresión a sus necesidades crecientes y no atendidas. La fuerza del alud que se desprenda, dependerá de las medidas de contención que se han aplicado para negar o regatear su existencia.

El campo de la cultura ofrece un cambio oportuno, gradual, incesantemente incorporador, que no puede negarse o retrasarse. Es cierto que puede traer consigo el reclamo inmediato de la injusticia y la exigencia de la reivindicación, pero también es cierto que los trae con una conciencia lúcida del devenir histórico y del equilibrio que requiere un país o una región para el logro de la incorporación social. Es el equilibrio liberador que da la cultura.

Cultura es hacer incansable, es transformar el bien del pasado en bien del presente y del futuro. Cualquiera que entre al campo de la cultura, entra al campo de la liberación en una forma tan sólida y tan inspiradora, que sólo puede producir invitaciones abiertas a la misma liberación.

Conocer profundamente es atraer acompañantes a ese arte de conocer. Y el conocer mismo no se queda en una per

sona o en una sociedad, por el contrario trasciende siempre porque inspira y propone alternativas de soluciones que el pueblo libremente acogerá.

Cultura es libertad y libertad es liberación. Un camino abierto para que todos los andantes, conscientes de la jornada, inspirados por la dificultad del camino, empecemos a andar. En la andanza no hay necesidad de equipaje, que el equipaje se irá trasladando en el contagio que encierra la liberación por la cultura.

B. EPILOGO ACLARATORIO

A una introducción aclaratoria corresponde, sin remedio alguno, un epílogo aclaratorio, que resulta el sencillo efecto de una causa.

Se ha dicho mucho, quizás más acertadamente: se ha repetido mucho. Dicen que lo que abunda no es malo, más bien es conveniente. Puede dudarse del adagio, pero resulta eficaz cuando se trata de abundar en lo justo y necesario, como reza el catecismo.

Además del abundamiento, no se ha tratado de compilar citas, ni referirse a ejemplos, para libremente tratar de llegar a los puntos esenciales que requieren meditación, diálogo y participación de todos.

Podría, finalmente, concluirse que es una invitación a pensar, sentada en la profecía de que se está ante un tema medular, obviamente descuidado porque los intereses del momento parecen alejarse de los términos culturales, con una velocidad que señala la alta y cruda importancia que tienen y tendrán siempre.

Las invitaciones a veces se atienden con pretextos que se transforman en disculpas entre los muchos que ni siquiera responden. Si hay alguien que la atiende, este trabajo se consideraría altamente valorado, incluso si una sola de sus reflexiones sirve para reflexionar más profunda y acertadamente.

Carmen Naranjo
1° de abril de 1977

ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

1. INTRODUCCION

No hay duda que impresione más que ese apego natural del hombre y del animal a su habitat. Aun en las condiciones más duras de subsistencia, frente a peligros latentes y sufrimientos, es casi inútil esforzarse en la conservación de lo que ha sido su circunstancia vital. Hombres y animales se apega a las riberas, a las laderas volcánicas, a los cuecos mimbrazados, a la desértica habitación frente al mar. Si evacúan los lugares momentáneos y topan alimento, agua para la crisis, regresan cuando

ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

Carmen Naranjo

Los terremotos, las inundaciones, los huracanes, los maremotos, los deslizamientos de terrenos, las erupciones, las explosiones volcánicas, son las circunstancias atroces que no desaniman a los hombres a volver a lo que ha sido el lugar tradicional de su desarrollo.

El arraigo es algo que identifica al ser humano, por lo que generalmente el desarraigado pasa a ser la excepción y aun en este caso es muy posible que en el fondo de su espíritu, en lo profundo de su personalidad, haya un ligamen señalado y señalante con sus tradiciones.

Podría, finalmente, concluirse que
se trata de una invitación a pensar, sentada en
la profecía de que se está ante un tema
secular, obviando los miedos porque
los intereses del momento parecen al-
largo de los ríos caudales, con
una velocidad que señala la vida y su
de importancia que tiene que afrontar
siempre.

Las invitaciones a veces se hacen
con los textos que se transmiten en
discursos entre los muchos que se
quiere responder. Si hay alguien que
la atienda, este trabajo se considera
aunque sea un trabajo de investigación
ESTUDIO SOBRE LA PERMUTACION (C. P. P. P.)
y su relación con la literatura

Carmen Navarro

Carmen Navarro
1978 de libro de

ESTUDIO SOBRE LA PLANIFICACION CULTURAL

I. INTRODUCCION

No hay nada que impresione más que ese apego natural del hombre y del animal a su habitat. Aun en las condiciones más duras de subsistencia, frente a peligros latentes y anunciados, es casi inútil esforzarse en la separación de lo que ha sido su circunstancia vital. Hombres y animales se apegan a las riberas, a las laderas volcánicas, a los suelos quebradizos, a la desafiante habitación frente al mar. Si evacúan los lugares momentánea y temporalmente, mientras pasa la crisis, regresan cuando apenas se establece un equilibrio, aun mientras los científicos predicen su posible rompimiento. El regreso es parte de la confirmación que los hace ser.

Los terremotos, las inundaciones, los huracanes, los maremotos, los deslizamientos de terrenos, las erupciones, las explosiones volcánicas, son las circunstancias atroces que no desaniman a los hombres a volver a lo que ha sido el lugar tradicional de su desarrollo.

El arraigo es algo que identifica al ser humano, por lo que generalmente el desarraigado pasa a ser la excepción y aún en este caso es muy posible que en el fondo de su espíritu, en lo profundo de su personalidad, haya un ligamen señalado y señalante con sus tradiciones.

El habitat no es sólo un lugar físico, es un centro de cultura. Posee las condiciones de desarrollo y crecimiento del hombre, dentro del perfil de su personalidad social, y también las de su ambiente cultural que se demuestran por la revelación de una comunicación fácil. Esta comunicación fácil se marca por un idioma que se entiende en todo sentido, aun sin palabras. Es el conocimiento básico del conglomerado social, que a veces limita,* pero siempre afirma y facilita el ingenio humano, dentro de un abono sustancial en que la vida se convierte en un pasaje natural, con sus zozobras, sus diferentes acontecimientos y su encaje en el quehacer de todos.

Aun en las grandes urbes, con sus casos de soledad enloquecedora y de planteamientos absurdos, con sus oleadas de violencia y los peligros de la historia individual o colectiva, el hombre hace su habitat de cueva, de inquilino constante, de aventurero de calles, de ser indiferente a la automatización o de ser conquistador de un ambiente propio. El dominio de la urbe, la contemplación de su movimiento, la creación constante de lo suyo, representa un construir tan válido como el que se da en lugares de menos apoyo y de más difícil aliento.

Cuando el animal pierde su habitat, es muy probable que encuentre la muerte. Cuando el hombre pierde su cultura, la abandona o reniega de ella, ya no es el

mismo hombre, es otro hombre. El rompimiento brusco con tradiciones culturales, mutila partes fundamentales de la humanidad. El desequilibrio se muestra en la barbarie que impera en grandes sectores del mundo y se exhibe en zonas importantes de las ciudades. Debe advertirse que los ghettos de pobreza y de analfabetismo no se deben confundir con los ghettos de desculturizados.

El hombre es un creador. Por eso necesita alimentarse de su cultura para absorber otras muchas formas de expresión, que provienen de su propio patrimonio o de otros que ha asimilado y que lo han enriquecido.

Como creador, individual o socialmente, siente la necesidad de prever. El mañana late sobre todas sus actividades, aun frente a la circunstancia más aguda del peligro. Para ese mañana incierto, para ese futuro sin respuesta segura, el hombre extiende sus previsiones, su casa, su familia, su seguridad, la seguridad de los seres que ama, la herencia de su propio testimonio existencial que está ligado a su cultura, a su tradición vital.

La planificación no es ajena al hombre, a la familia, a la sociedad, a la forma de gobierno que se haya adoptado. Es parte de su trabajo creativo, de la red que tiende sobre el tiempo, de los puentes que construye para el paso de una generación a otra.

En esta época de definiciones, de análisis técnico, de estructuralismo en todas sus manifestaciones, la planificación se ha convertido en un procedimiento que utiliza la administración pública o privada para hacer más extensos e intensos sus esfuerzos de organización. Trata la planificación del estudio de las necesidades, de la selección de las prioritarias, del análisis de los recursos, del empleo de ellos en la forma más eficiente y eficaz, para lograr la proximidad más inmediata hacia los objetivos que se deben cumplir. Por lo tanto es un punto de partida para el encuentro de otro punto, definido a base de análisis y de procesos decisorios, en que por un lado se aprecian las necesidades y por otro se miden los recursos. La planificación es todo un proceso en que intervienen las acciones y las valoraciones, dentro de un sistema selectivo que busca idealmente lo mejor y lo máximo en términos individuales, sociales, nacionales, regionales o internacionales, según la materia de que se trate.

Cultura y planificación siempre han estado unidas. Cada quien que tiene una experiencia vital, extraordinaria, la repite y la comunica, con lo que planifica su memoria, su perpetuidad trascendental. Los pueblos han encontrado una forma planificada de transmitir la herencia cultural. La tradición oral, en las culturas con menos recursos de subsistencia, carentes del peligroso prestigio de

los medios de comunicación masiva, logra grabar en la memoria cultural del grupo lo fundamental y lo adjetivo. Costumbres, formas de ser, de actuar, de comer y de vestirse, fueron formando la personalidad de los diferentes pueblos, con los distintivos expresivos de cada grupo. La distinción que relata sintéticamente lo diferente, es la señal de una tradición fundamentada en la planificación del traslado, cuya obra perfila el patrimonio de cada conjunto humano.

Pero, no sólo en el traslado de la cultura actúa la planificación. Existe en la obra de todo tipo creativo. El hombre pasa de la observación, que madura largamente, para planear el hacer propio y personal, que puede ser de una originalidad muy señalada o simplemente la elaboración de su cultura tradicional, que en esta forma se ve incorporada con un nuevo bien y por lo tanto enriquecida.

El sentido de la planificación en la cultura llega a ser rutinario en todo grupo, pero en algunas ocasiones un descubrimiento, un esfuerzo individual, un estilo que se incorpora a la propia cultura, cambia el ritmo de la espontaneidad, agrega el elemento nuevo y lo desarrolla con plenitud. Eso se demuestra con los diferentes períodos de una misma cultura, casi siempre señalados con los términos de período inicial o